

## La oposición al franquismo

# El fracaso del Gobierno Giral

Juan García Durán



José Giral Pereira, presidente del Gobierno de la República en el exilio entre 1945 y 1947. Antes de producirse el alzamiento militar del 18 de julio de 1936, había sido ministro de Marina en diferentes ocasiones. Sobrevenido el levantamiento, Azaña le encargó presidir el Gobierno, lo que hizo durante dos meses.

*A finales de 1945 y principios de 1946, las fuerzas monárquicas representadas por los señores Oriol, Herrera (hermano del obispo de Málaga) y los generales Kindelán y Borbón, entraron en contacto, por medio de la Embajada inglesa, con Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas (integrada por el Partido Socialista, el Partido Comunista, Alianza Republicana y la CNT), llegando a presentar un programa para un posible acuerdo.*



# INGLATERRA Y LOS ESTADOS UNIDOS IMPIDEN CUALQUIER MOVIMIENTO CONTRA ESPAÑA. SOLO UN GOBIERNO FUERTE EVITARA UNA DICTADURA CO- MUNISTA. LO QUE SE PRETENDE ES AMPLIAR LA ZONA DE INFLUENCIA SOVIETICA

Razón decisiva en el mantenimiento del régimen franquista tras la derrota de las potencias del Eje en 1945, fue la postura adoptada por Inglaterra y Estados Unidos. Ello queda reflejado en este titular, que sintetiza el contenido de una crónica enviada por un corresponsal portugués en San Francisco a primeros de junio de dicho año.

**H**ABIDA cuenta que el Gobierno Giral se había instalado recientemente en París, se estimó que antes de firmar un acuerdo con los monárquicos, deberíamos consultar a Giral sobre sus posibilidades, y si éstas no eran convincentes, entonces quedaríamos en libertad de negociar con los monárquicos.

Como yo era secretario del Comité Nacional, Alianza me confió su representación, con la excepción del Partido Comunista que sólo me la daba a condición de ir a romper con el Gobierno Giral. Ante esto, se me pidió que entrevistara a la Pasionaria para mejor esclarecer la posición comunista.

Por medio de los servicios del Partido Nacionalista Vasco, que siempre fueron los más seguros, me trasladé a París.

El Gobierno estaba instalado en la Ciudad Universitaria, donde le habían cedido un gran salón y varias habitaciones. Cuando Leiva me presentó a Giral acababan de llegar casi todos los ministros a París; había estimado que lo mejor sería que me oyeran y por eso había convocado a consejo.

A las diez entramos en un gran salón con una mesa redonda muy amplia y empeza-

ron las presentaciones. Estaban los señores Giral, Fernando de los Ríos, general Sarabia, Irujo, Torres Campaña, Leiva, Horacio M. Prieto, Trifón Gómez y Nicolau d'Olóer.

Giral abrió la sesión: —Las últimas noticias llegadas de España, y sobre todo, las que la B.B.C. ha dado sobre las conversaciones de Alianza con los monárquicos, sin duda han venido a debilitar la posición del Gobierno. Hasta ahora, no teníamos un conocimiento exacto y oficial del alcance de éstas para poder juzgar de sus repercusiones; pero, afortunadamente, la llegada de una delegación directa nos aclarará la situación, que, si es verdad que Luque propuso la ruptura, es bastante grave.

Con una ligera inclinación de cabeza me indicó que podía comenzar.

—Sí, esto es verdad; pero también es verdad que la C.N.T. le desautorizó. Si Alianza es el conjunto de grupos que la forman y no los hombres que la representan, nada hay que reprocharle, ya que su trayectoria ha sido siempre clara y de lealtad a los compromisos contraídos. Alianza ha apoyado al gobierno desde el primer momento y sigue apoyándole sin reserva alguna.

Sabemos que Alianza cuenta con muy pocas simpatías en algún sector del exterior e incluso algunos ministros la miran con recelo; sin embargo, por haber nacido de la nada y mediante el sólo esfuerzo de los que arriesgan todo cada día y a cada hora, debiera merecer el respeto, si no la admiración, de todos los antifascistas; tanto más cuanto que es lo único serio y sólido que puede aglutinar a la masa republicana. ¿Que tiene defectos? Posiblemente, pero en este caso lo que hay que hacer es tratar de corregirlos y no agrandarlos para provocar su hundimiento.

Si Alianza ha cometido algún error, ¿qué decir de las organizaciones y partidos del exilio; qué decir de los diputados, gobernadores, ministros...! ¿Qué han hecho de constructivo y eficaz desde que salieron de España? Si algo trascendente hicieron fue lanzarse lodo unos a otros, desacreditándose todos y desacreditando a la República. Así han pasado siete años hasta que, al terminar la guerra mundial, se hundió el fascismo internacional, y creyendo el fruto maduro, se apresuraron a reunirse en México para formar el equipo que había de recoger la cosecha.





«Nos han reconocido catorce países, pero Estados Unidos, Inglaterra y Rusia ni siquiera han acusado recibo del memorándum que enviamos a todas las cancillerías, haciendo historia de la Guerra Civil», señalaba Fernando de los Ríos —ministro de la República en el exilio y a quien vemos en la imagen— durante una reunión del Gabinete con Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas.

Se formó el gobierno en octubre, al cual Alianza dió su adhesión y envió un proyecto de actuación por mediación de Leiva, que éste aceptó. Han pasado cuatro meses desde entonces y ni Alianza ni nadie recibió el más ligero comunicado, una carta o algo que indicara que existía un gobierno. Todos estaban alarmados por la trayectoria seguida por Alianza; pero a pesar de que el ir de aquí a Madrid no representa más que dos días o quizá tres, nada se hizo para cerciorarse de unos hechos que no tienen nada de anormales si se sigue con minuciosidad la política del interior. Si esta delegación, obrando rectamente y con toda responsabilidad, está aquí para estudiar una salida, el gobierno tenía la misma obligación o mayor de haber hecho una gestión análoga pasando los Pirineos, que no es nada difícil. Pero no, teníamos que ser nosotros, como siempre, los que buscáramos el contacto, la discusión, el acuerdo. Toda la conexión que

ha existido entre el exterior y el interior ha sido casi siempre propugnada y ejecutada por nosotros, que poseemos muchísimos menos recursos, pero que ponemos más ardor y más entusiasmo en la lucha. Son tan ínfimos nuestros medios, que para sacar el billete hasta San Sebastián tuvo que adelantarme el dinero el hermano del Sr. Irujo, y sólo dos o tres horas antes de salir en tren pudo encontrarse el dinero indispensable para llegar hasta aquí. ¿Ha pensado alguna vez el gobierno en mandar ayuda económica? Sin embargo, por no poder utilizar el correo y teniendo que mantener un contacto estrecho con toda España, gastamos muchísimo en viajes y en gestiones. ¿Por qué ha descuidado todo esto el gobierno? ¿Por qué no buscó el contacto con nosotros? ¿Por qué no ayudó en nada? Pues porque el gobierno ha menospreciado o, por lo menos, subestimado la fuerza del interior. No se puede alegar ni

desconocimiento de lo que allí existe, ni falta de medios para llegar a la realización de un trabajo serio.

Sin embargo, los acontecimientos políticos de estas últimas semanas demuestran que es en España donde ha de jugarse la carta que dé al traste con la situación. Los monárquicos que, al fin, parece que se deciden a dar la batalla, muestran una actividad bastante acusada. A las peleas que yo mismo he visto, una de ellas en la calle del Arenal, donde por estar en mayoría hicieron escapar a los fascistas, hay que añadir una fuerte presión en la embajada inglesa buscando apoyo y un constante sondeo cerca de personalidades y organizaciones pretendiendo llegar a un pacto con Alianza.

Que esta nueva fuerza es tomada en serio, lo demuestra el hecho de que la embajada inglesa ha llamado a Orche, delegado socialista en Alianza, y en el transcurso de una conversación exploratoria le preguntó cuál sería nuestra actitud si se producía una restauración monárquica. O si aceptaríamos un gobierno de transición formado por una junta militar. O si colaboraríamos en un gobierno de concentración nacional que tuviera como finalidad consultar al país sobre la institución a darse.

Y otro funcionario de la misma embajada, dijo en una ocasión: «Si ustedes no pactan con los monárquicos tendrán Franco para rato». Las primeras conversaciones y tanteos han sido iniciados a través de esta embajada.



Ha sido y es una gran equivocación creer que sólo en el exterior se puede llegar a la solución de nuestro problema. Si se quiere hacer algo eficaz hay que plantear la lucha en dos frentes con perfecta coordinación. Como ésta es la pretensión del interior, queremos saber con qué posibilidades cuenta el gobierno, para saber a qué atenernos en el futuro. Además, queremos organizar una huelga general el primero de mayo que fuerce la situación y nos sirva como operación de tanteo. Pero, para esto, necesitamos un millón de pesetas, si hemos de hacer algo serio. Espero que el gobierno podrá facilitárnoslo. Esta es la razón fundamental de la venida de esta delegación.

Giral habló de nuevo: —Aunque no lo parezca, una de nuestras preocupaciones ha sido el interior. Si no hemos podido entrar en contacto fue, más que nada, por la distancia que desde México nos separaba de España. Luego, al llegar a Francia, tuvimos que reorganizarlo todo y aún no están aquí todos los ministros. En cuanto a la ayuda económica, hace justamente dos días que hemos enviado setenta y cinco mil pesetas. Nuestra situación no nos permite más, ya que vivimos casi siempre de prestado. Algunos objetos y otras cosas se van vendiendo, más la ayuda que se nos proporciona, nos permite mantener un rango indispensable. Si Prieto hubiera hecho entrega de lo que pertenece a la República, entonces podríamos desenvolvernos más holgadamente.

En lo que respecta a las posibilidades de reinstauración de la República, hemos hecho unas gestiones cerca de todas las cancillerías, de cuyo resultado nos informará don Fernando, ya que aún no lo ha hecho y éste es el momento más propicio.

Ante la indicación del señor Giral, intervino don Fernando de los Ríos:

—Cuando se constituyó el gobierno, dirigimos un memorándum a todas las cancillerías, en que se hacía la historia de la guerra civil; de la participación de Italia y Alemania, dando el triunfo a Franco; de las características del régimen netamente fascista; de nuestra legalidad constitucional y, por todo ello, de la necesidad de que nuestro gobierno sea reconocido, por ser el único democrática y jurídicamente legal.

Nos han reconocido catorce países, como ustedes saben; pero Estados Unidos, Inglaterra y Rusia ni siquiera han acusado recibo. Francia ha contestado haciendo resaltar que, por haber salido muy debilitada de la guerra, se debía

a la política angloamericana, y seguirá, en nuestro caso, las mismas directivas. Sin embargo, podíamos contar con todo el apoyo posible que, de manera unilateral, no rozara la complejidad internacional. Prueba de esto es que estamos instalados en la Ciudad Universitaria.

Para romper el silencio que las tres grandes potencias observaban acordamos que yo me desplazara a Estados Unidos e Inglaterra. En Washington me recibió el subsecretario de Estado, Acheson. Me dijo que no podían reconocernos porque esto significaría reconocer a una de las partes que hicieron la guerra civil y ello implicaba fomentarla de nuevo. El problema de España había que solucionarlo buscando la armonía del país y no condeñando a unos y dando la razón

## "No intervendremos en España" "Su régimen es una cuestión que sólo compete a los españoles" Declara Bevin en la Cámara de los Comunes El ministro de Asuntos Exteriores denuncia la falsificación de la democracia en Bulgaria, Rumania y Hungría

LONDRES.—El secretario del Foreign Office, Bevin, pronunció un importante discurso en la Cámara de los Comunes, en el cual comenzó diciendo que, consciente de la grave responsabilidad que nace sobre él, tratará en todo momento ser digno de los inmensos sacrificios de guerra realizados por la Gran Bretaña. Bevin añadió que las pérdidas de Inglaterra en efectivos humanos son inferiores a las de la guerra anterior, pero que la nación ha quedado en un grado extremo de pobreza. A continuación alabó los enormes recursos lanzados al conflicto por Norteamérica y agregó que la lucha ha desorganizado casi en absoluto a China.

Advertió Bevin que muchos de los acontecimientos que han de registrarse en el futuro no serán muy del agrado del pueblo británico, añadiendo: «Sin embargo, una cosa hacia la cual debemos tender con la mayor resolución desde el principio es evitar que una forma de totalitarismo sea sustituida por otra. No podemos dejar que gane terreno la idea de que los países liberados pueden abandonarse a sí mismos y solicitar el apoyo de los aliados».

Al definir la política inglesa respecto a Grecia, manifestó que el Gobierno es partidario del criterio expuesto públicamente cuando Grecia fue liberada. «No tenemos utilidad alguna en



Mr. Bevin  
(Foto Cifra)

ir más allá de la declaración publicada después de la conferencia de

Unidad, los diarios soviéticos no han publicado el discurso pronunciado el lunes por el secretario del Foreign Office, Bevin, según comunica de Moscú la agencia United Press.—EFE

### IMPRESION EN LA ARGENTINA

BUENOS AIRES.—La primera declaración del ministro británico de Asuntos Exteriores, Bevin, en la Cámara de los Comunes sobre política exterior ha causado enorme impresión en la Argentina. Los periódicos de la noche publicaron un breve extracto, pero los de la mañana insertaron versiones completas. El discurso de Bevin ha causado una tremenda sorpresa al hombre de la calle, que esperaba un tono más desgarrado en el enfoque de los problemas internacionales desde el laborismo gubernamental. En esferas más altas parece haberse consolidado la opinión, muy difundida, de que ningún arrebato o extravío ideológico puede apartar al pueblo inglés, por ahora, de una realidad consustancial con la suerte del Imperio.—EFE.

### LA OPINION DE LA PRENSA INGLESA

LONDRES.—«Daily Herald», órgano laborista escribe: «Con sus alusiones a España y sus denuncias abiertas a los Gobiernos de Moscú, Ber-

El secretario del Foreign Office británico, Mr. Bevin, fue uno de los más decididos partidarios de la «no influencia» en la trayectoria del régimen español. Anticomunista furibundo, se negó incluso a recibir a Fernando de los Ríos cuando éste se desplazó a Londres.



y el apoyo a otros. Los intereses de Estados Unidos, tanto políticos como económicos, exigían una situación estable que sólo podría obtenerse sobre la base de la unidad nacional. En este sentido apoyarían cualquier iniciativa, pero nunca lo que tuviera carácter de parcialidad.

Llegado que hube a Londres, solicité, e hice todo lo posible por conseguirlo, tener una entrevista con Bevin; pero a pesar de que nos conocíamos personalmente por haber coincidido en varios congresos socialistas, se negó a recibirme. (En este momento sus ojos parecían de cristal, empañados por lágrimas contenidas). Luego, mediante la preciosa ayuda del señor Irujo, pude entrevistarme con dos altos funcionarios del **Foreign Office**.

El argumento que emplearon para no reconocernos fue el mismo del señor Acheson y casi con las mismas palabras, lo que me hizo suponer que de antemano se habían trazado una política común al respecto.

De vuelta a Nueva York, coincidió mi llegada con una celebración de un mitin pro España republicana. Uno de los oradores fue el primer secretario de la Embajada rusa, hablando en nombre del embajador, cuya asistencia no era posible dadas sus ocupaciones. Dijo, entre otras cosas, que España tenía ya un gobierno legal y que había llegado la hora de que se le reconociera. Esto no sólo era un deber sino la reparación de una injusticia.

A mi llegada a México, y con la reseña que la prensa publicaba, fui a ver al embajador. Después de informarle, le pregunté si tenía instrucciones para el reconocimiento de nuestro gobierno.

Cuál no sería mi sorpresa,

cuando me dijo que no tenía instrucciones, ni sabía una palabra, hasta aquel momento, de la celebración del mitin.

—Bien, pero usted sabe que ningún embajador puede decir una cosa de esta trascendencia si no está autorizado para ello; y si se está usted debiera saberlo, por ser una posición a seguir con respecto a un gobierno que reside en México.

—Sí, todo lo que usted quiera; pero debo repetirle que no sé ni una palabra.

Me despedí sin hablar una palabra más.

Esta es nuestra situación ante el mundo. Ahora ya sabe usted, como todos nosotros, a qué atenerse.

—Sí, pero... si puede, deseo que conteste a mi primera pregunta: ¿Hay alguna posibilidad de reinstaurar la República?

—Un ministro de la República no puede contestarle a usted de manera categórica. Puesto que posee usted los mismos elementos de juicio que nosotros, juzgue de la situación y saque las conclusiones que estime más factibles.

Cuando terminó de hablar parecía cansado.

Intervino otra vez el señor Giral:

—Si ninguna de las grandes potencias nos ha reconocido, esto no quiere decir que nuestras posibilidades hayan desaparecido. La situación de Franco es cada día peor. Desde el punto de vista económico es un desastre. Políticamente se está quedando solo, ya que sus viejos colaboradores monárquicos lo abandonan. Los camisas viejas le acusan de traición y el pueblo cada día lo detesta más.

Sus relaciones con el exterior, caído el fascismo en Alemania e Italia, son cada día peores. Por lo tanto, si en vez de avan-

zar, retrocede, llegará un día en que se hundirá inexorablemente. Y si llegado ese momento no existe un gobierno republicano que le reemplace, habremos perdido la mejor ocasión. Así, sólo nos queda una trayectoria: resistir, esperar.

Por otra parte, si hay catorce países que nos han reconocido, no podemos dejarlos en ridículo desapareciendo. Si han tenido confianza en nosotros debemos mostrar que somos dignos de ella.

El señor Irujo:

—Se habla de posibilidades —dijo, anotando algo sobre una cuartilla—. De un lado están todas las fuerzas republicanas, socialistas, obreristas, intelectuales, estudiantiles y muchos, pero muchos, que amigos de Franco ayer son enemigos de él hoy.

Del otro, los militares que, unidos por el miedo y el estraperlo, siguen en torno de Franco; la policía y los camisas nuevas.

Su perspectiva es cada día más negra y el caos económico los enterrará pronto a todos. Son ellos los que tienen que calcular sus posibilidades de subsistir. Las nuestras son cada día mayores, aunque el avance sea lento. Pero, aunque en realidad Franco fuera fuerte, terminaría por ahogarse en un mundo democrático. Si las puertas del exterior se le cierran y en el interior empiezan a abandonarle, ¿qué le queda? Seguirá, sin duda, un proceso de descomposición, al final del cual está nuestro momento. Por eso, como el Sr. Giral, digó que la solución está en resistir con un solo fin: República, República y República.

Aquellos discursos de fe republicana y razonamientos claros no acababan de convencerme y mucho menos entusiasmarme, a pesar de la fogo-





«Aunque Franco fuera fuerte, terminaría por ahogarse en un mundo democrático. Si las puertas del exterior se le cierran y en el interior empiezan a abandonarle, ¿qué le queda?... La solución está en resistir con un solo fin: República, República y República». En estas palabras del ministro Irujo —en la foto—, se contiene todo el optimismo de unos hombres que soñaban con la vuelta de la democracia.

sidad característica del señor Irujo. Pesaba en mi ánimo la realidad interior que, como bien han demostrado los regímenes fascistas, carece de lógica política. Los demócratas españoles, como los de todo el mundo, cometen la equivocación de juzgar las situaciones con arreglo a su mentalidad democrática. Es algo así como si pretendiéramos pesar con pesas falsas. Evidentemente, ningún demócrata hubiera soportado una milésima parte de lo que soporta Franco, porque su decoro y su dignidad no se lo permitirían. Esta es la causa de que se vea, con ojos de hombre digno, la situación como insostenible. Pero es hora ya de que se piense al juzgar el fascismo con experiencia fascista.

Empecé a hablar de nuevo, dominado más por lo que era y representaba Franco, que por lo que éramos nosotros.

—Al revés de lo que se ha manifestado aquí, creo que Franco no caerá, sino que hay que tirarlo. Si nosotros fuéramos tan fuertes como para poder hacerlo, no cabe duda de que no esperaríamos un minuto. Luego este hecho, por sí solo, demuestra que él es más fuerte que nosotros, aunque le falte el apoyo popular. Pero admitiendo que, según la táctica de resistir y resistir, que yo comparto, un día logramos forzarle a dejar el poder, en ese momento no será a un gobierno republicano a quien dará paso, sino a uno más afín; es decir, a sus colegas monárquicos. De la misma forma que ustedes darían antes paso a un gobierno socialista que a uno fascista. Y si tal ocurre, nos habremos sacrificado y resistido para los monárquicos, que contarán con una gran parte de la masa popular que desea un cambio, cualquiera que sea éste. Si esto ha de producirse, ¿sería



interesante pactar con los monárquicos con el compromiso de consultar al país sobre el régimen que desee? Porque si cogen el poder solos instituirán su régimen. Si prescindiendo de todo sectarismo se mira el problema desde un ángulo nacional, es evidente que el país necesita una época de reconciliación y no de revancha. Encaminar, pues, la política en este sentido quizá no fuera muy republicano, pero sí muy español. Comprendo que un gobierno republicano no acepte ni participe de esta posible solución, ya que mantiene su legalidad institucional y constitucional; pero no es menos comprensible que una guerra civil es siempre, en mayor o menor medida, una prueba de crisis nacional en cuanto a sus instituciones. Luego una ratificación o una rectificación de la voluntad popular sería lo más democrático que podría darse. ¿Quiere esto decir que sea mi criterio? No, pero sí es, en el terreno de las concesiones, a lo que podría llegarse, sin ningún desdoro para nuestra concepción de libertad y democracia.

Me extraña que el señor Giral hable de las dificultades de entrar en contacto con España cuando yo sé, y ustedes también, que los vascos mantie-

nen un correo normal con España desde todas las partes del mundo que, partiendo de París a Madrid, mantiene relación estrecha entre el exterior y el interior. Si este servicio ha sido y es utilizado por los partidos y organizaciones, con mucha más razón ha debido ser ofrecido al gobierno.

Al suspenderse el consejo para el día siguiente, el señor Irujo, que estaba a mi lado, me abrazó, diciendo: Me alegra mucho que el interior dé gente joven que vigore la lucha. Leiva nos ha sorprendido a todos por su capacidad y aplomo, a pesar de que es casi un niño a nuestro lado. Sin embargo, cuando habla, es él quien parece viejo y nosotros jóvenes. Hoy, al oírle a usted, me ha producido exactamente la misma impresión.

Al día siguiente siguió el consejo. El general Sarabia se pronunció en contra de toda duda o debilidad y propuso la República a ultranza.

Le siguió Torres Campaña, que pintó un cuadro color de rosa, con la República al alcance de la mano. Estaba tan cerca, que ya casi no quedaba tiempo para nada. Si no le hubiera oído el día anterior, pensaría que sus palabras sólo iban dirigidas a levantar el ánimo de los demás. Sin embargo, la

verdad era que él estaba convencido de lo que decía.

Trifón Gómez y Nicolau me hicieron algunas preguntas que demostraban cuán en serio habían tomado lo dicho el día anterior.

En este momento, entró Antonio, el hijo de Giral, con la nota tripartita que, firmada por Estados Unidos, Francia e Inglaterra, acababa de publicarse.

Leída la nota, se entabló una discusión sobre el alcance de ésta. Como decía que estarían dispuestos a apoyar toda solución del «problema español» en la cual estuvieran representadas todas las fuerzas del país, incluso los ministros en ejercicio, la mayoría se inclinaba por creer que se referían a ellos; pero don Fernando lo puso en duda, y Trifón Gómez dijo que le parecía que se referían a los ministros franquistas. Ante la duda se designó a don Fernando para que fuera a pedirle una aclaración al señor Bidault; que era uno de los firmantes. Cuando volvió, que fue en seguida, dijo que se refería a los ministros franquistas. Aunque la nota en sí ya había causado bastante desilusión, esto vino a acrecentarla considerablemente.

El primero en reaccionar fue el señor Giral.

Junto a un gran debilitamiento de su situación política, el régimen franquista experimentó a lo largo de 1945 y 1946 las consecuencias de una profunda crisis económica, que el «Caudillo» intentaba justificar con frases como las que reproducimos en esta doble página, tomadas de sus declaraciones al director de «Arriba» el 18 de julio de 1946. En tal crisis se apoyaba buena parte de las esperanzas republicanas.

*«Lo que no se puede hacer es pedir que en seis años, y con las dificultades y bloqueos, una nación resuelva sin grandes reservas de divisas lo que otros, con oro, divisas y tiempo, no supieron o no quisieron realizar»*



—Si bien es verdad que esta nota nos desconoce, viene, sin embargo, a desautorizar de manera categórica al régimen franquista. Por tanto, su situación se agrava y puede tener inmediatas repercusiones.

Así, pues, ahora necesitamos mucho más esperar, ya que los hechos van a precipitarse. A pesar de la solución que apunta la nota, creo que nuestra posición sigue siendo de República y República.

El 25 de mayo se reunirá la O.N.U. y tratará nuestro problema. Hasta entonces, por lo menos, es preciso que sigan en torno de nuestro gobierno las fuerzas que siempre lo han apoyado para que podamos presentarnos como representantes del pueblo español. Para ello estimo que debemos dirigirnos a Alianza pidiendo que nos concedan su apoyo hasta esta fecha, a partir de la cual, ellos, nosotros y todos, sabremos a qué atenernos de manera definitiva.

Se aprobó esta proposición y, por unanimidad, se nombró a Leiva para que redactara la nota.

Se dió por terminado el consejo y, antes de partir, los señores Giral y de los Ríos me dijeron que querían hablar conmigo antes de volver a España y si podría ser al día siguiente. Acepté.

Cuando por la mañana, llegué

a la Ciudad Universitaria, el médico estaba tomándole la tensión a don Fernando. El señor Giral llegó en seguida e inició la conversación.

—¿Qué? ¿Qué impresión se lleva usted a España?

—Aunque no tengo ningún inconveniente en decírselo, no crean que mi parecer figurará en el informe que dé. En éste presentaré, con todo detalle, las gestiones realizadas sin que para nada haga figurar mis impresiones. Creo que esta es la única forma de ser objetivo sin que haga pesar en absoluto mi criterio.

Debo confesar que sufrí una pequeña desilusión. Nunca creí que me llevaría a España una solución; pero sí algo más de lo que llevo. Esperaba que tuvieran alguna personalidad cerca de las grandes potencias ante la eventualidad de llegar a ser un día el gobierno español.

Suponía también que tuvieran algún plan para tratar de forzar la situación, bien por algún tipo de acción en el exterior o en el interior, o en ambos a la vez.

Es decir, reconocen que cada día tienen menos posibilidades, pero no se les ocurre que éstas se den. Si en el interior se ha creado una fuerza ha de ser para algo, porque, en caso contrario, es realizar un esfuerzo y un sacrificio inútiles.

Al lado de esto, la posición numantina de República, República y República no tiene sentido, ni casi significación. Cuando se proclama de manera resonante un profundo sentir, hay que obrar en consonancia con él. Hay que poner más dinamismo, más actividad, más ardor en la lucha para alcanzar el triunfo. Lo demás es demagogia. Creo que tenemos derecho a pedir muchísimo más de lo que hasta ahora se ha hecho. Las grandes causas requieren grandes sacrificios, y es doloroso reconocer que éstos sólo se realizan en España, y la mayor parte por gente desconocida en la política y en la lucha sindical. Son los que aman la libertad por la libertad y, no conociendo otro denominativo, dicen que un compañero de lucha o infortunio es «uno de los nuestros». El ejemplo de la resistencia unida, en todos los países ocupados, no ha servido de nada a los españoles, dándose el caso paradójico de que éstos se han mantenido unidos luchando por la libertad de un país extranjero y divididos cuando se trata del suyo. A los ojos de las potencias extranjeras, ésta es la mayor prueba de irresponsabilidad que se puede dar. La impresión que llevo, como verán, no es muy buena.

—Además de la carta que para Alianza lleva, que es bastante

*«La gente sólo sabe que ha vivido y conocido las deficiencias y los sacrificios, pero desconoce en realidad los desvelos, las privaciones, los empeños y los medios casi milagrosos con que se logró su superación»*





Otro de los ministros extranjeros que dificultó en 1946 el apoyo decidido al Gobierno de la República en el exilio, fue el jefe del Gabinete Provisional francés Georges Bidault (en la imagen). Muchos años después y tras una movida carrera política, Bidault sería juzgado por su apoyo a la O. A. S. en tiempos del conflicto argelino.

explícita, quiero que haga llegar a todos los que siguen esta lucha tan desigual nuestra más sincera y ferviente admiración. Aunque las apariencias y las circunstancias quieran hacernos aparecer como alejados del infortunio español, nada hay en el mundo más lejos de la realidad. Nuestra inquietud diaria sólo tiene un motivo, España, y su dolor es el nuestro.

Me tendió la mano y me miró con esa mirada fija que, a fuerza de centrarse en un objeto, difumina la visión. Estaba emocionado, muy emocionado.

Don Fernando, a la vez que me estrechaba la mano, me dio unas palmaditas en el hombro:

—Que tenga usted mucha suerte. Es usted muy joven y verá grandes cosas. Toda mi esperanza está en la juventud que ha aprendido a sufrir creciendo.

Nos despedimos en la escalera, que empecé a descender como un autómatas, y en mi cerebro bullía una gran cantidad de cosas.

Aquellos hombres eran la República que, aunque ya vieja a pesar de su corta vida, no quería perecer, quería seguir adelante en el camino emprendido. Sí, España necesitaba la República para continuar viviendo. Qué pena que no hubiéramos sabido mantenerla y guardarla como centinela arma al hombro. A los ojos de la historia, todos hemos sido de una irresponsabilidad terrible. Y aun ahora, cuando el fascismo está en derrota, no hay el suficiente sentido común para, aprovechando el momento, unirse con un solo anhelo, tirar a Franco, y un solo fin, la República. No, ni se hizo, ni se hace, ni... posiblemente lo hará esta generación. ¿Por qué acusar únicamente a las grandes potencias de nues-



tro fracaso? ¿Qué pruebas hemos dado de seriedad, de responsabilidad constructiva y de altruismo nacional para infundir la confianza necesaria?

Por la tarde, Leiva y yo tuvimos una entrevista con la Pasionaria en la Casa de los Sindicatos.

Cuando nos anunciaron, nos pasaron en seguida a otra oficina inmediata donde nos esperaba la Pasionaria.

Nos estrechamos la mano muy cordialmente y nos sentamos en unas butacas muy cerca de una estufa de carbón. Los muebles y el aspecto de la habitación indicaban gran sobriedad o, más bien, pobreza. En la pared principal, había tres pequeñas fotografías colocadas en forma de trián-

gulo, en cuyo vértice estaba la de la Pasionaria y en los lados de la base, las de Stalin y Lenin.

Como era la primera vez que la veía, me fijé mucho en ella. Vestía un traje negro, sin ningún lujo ni adornos. Cuando se sentó, con unas cuartillas y un lápiz en la mano, bajó muy cuidadosamente la falda que ya le había quedado muy por debajo de las rodillas. Durante casi dos horas que duró la entrevista, repitió este movimiento unas diez veces. Esto, su forma recatada de sonreír, su manera de vestirse y un léxico casi desprovisto de feminidad, me produjeron una impresión sorprendente, porque, después de lo que había oído a amigos y enemigos, esperaba ver en ella otra cosa más femenina, más abierta,

más populachera, más viva, más despreocupadamente mujer. *En algunos momentos* de su charla hablaba como concentrada en sí misma y como poseída de la fuerza de una iluminada. A juzgar por cuantos signos exteriores se percibían daba la sensación de una luchadora ultrapuritanista. ¿Era pura afectación? No me es posible decirlo porque no he vuelto a verla.

Empecé por la pregunta que motivaba la entrevista:

—¿Por qué el P. C. no forma parte del gobierno Giral?

—Porque el gobierno Giral es un barco que hace agua por todas partes y nuestro partido no quiere naufragar con él.

—¿Crees que no podrá hacer nada?

—No solamente creo eso, sino



En su entrevista con el representante de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, Dolores Ibarruri se mostró partidaria de un Gobierno «de amplia base popular, en el que estuvieran representadas todas las fuerzas antifascistas». Asimismo, La Pasionaria —a la que vemos en su llegada a París durante 1939— se declaró a favor de una acción política que tuviese como centro el interior de España.



que estoy convencida de que su vida será muy corta.

—¿Cuál sería el gobierno ideal para vosotros?

—Uno de más amplia base popular, en el que estuvieran representadas todas las fuerzas antifascistas.

—¿Crees que la acción a realizar en el interior es más importante que la del exterior?

—Desde luego, como que allí es donde está el enemigo y donde hay que vencerlo.

—Puesto que vienes del interior, ¿puedes decirme si son muchas las zonas dominadas por los guerrilleros?

—Dominadas, ninguna; pero donde hay guerrillas, muchísimas.

—¿Has estado en Galicia?

—Naturalmente; toda mi actuación ha estado centrada allí, hasta hace pocos meses.

—¿Se puede viajar libremente? ¿No están cortadas las comunicaciones muy a menudo?

—Si se hace descarrilar un tren o se salta una vía, cosa que sucede con alguna frecuencia, se repara en seguida y no causa lo que pudiéramos denominar corte de comunicaciones. Desde luego, la vigilancia es muy estrecha y hay

muchos lugares, sobre todo en los límites de las provincias de León y Galicia y León con Asturias, donde un guardia está a la distancia de la vista del otro. Y hay, además, algunos puestos de fuerzas regulares.

—Creo que estás mal informado, ya que hay comunicaciones que han estado cortadas durante semanas.

Como yo me sonriera, se levantó y, abriendo el cajón de un fichero metálico, cogió algunos papeles.

—Te voy a leer algunos partes firmados por nuestros jefes de estado mayor en el interior, por los que verás que tengo razón.

—No, no es preciso, puesto que te creo; es decir, creo que los partes digan eso, lo que pasa es que te engañan o, por lo menos, te exageran.

—No sé; pero es notorio que en Galicia, León y Asturias la situación es difícil.

—Según vuestro delegado en Alianza, estaríais dispuestos a pactar con los monárquicos y a no tener en cuenta al gobierno Giral. ¿Es ésta exactamente la posición del P. C.?

—En líneas generales, sí; en mi carta abierta propugno por un gobierno de Unión Nacional y no específicamente republicano. Nosotros necesitamos, además de los antifascistas, a todos los que estén contra Franco o sean simplemente arrepentidos. No tenemos por qué mostrar ninguna clase de reparo o repugnancia cuando se trate de unir fuerzas contra el enemigo común.

—¿Cómo te explicas que Rusia no haya reconocido al gobierno republicano?

—Pues porque la U. R. S. S. es una gran potencia y no puede correr el riesgo del ridículo con un gobierno que va de cabeza al fracaso; sin embargo, hizo lo necesario para que los



A finales de 1945 y principios de 1946, las fuerzas monárquicas —representadas por los señores Oriol y Herrera y por los generales Kindelán (sobre estas líneas) y Borbón— entraron en contacto con Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas para ver si se podía llegar a un acuerdo entre uno y otro grupo. Se decidió consultar con el Gobierno Giral.



# Aumenta el desprestigio de Giral en Inglaterra

## Existe repugnancia al considerarlo como alternativa del Régimen de Franco

De forma incesante, la dirigida Prensa española intentaba desacreditar al Gobierno republicano en el exilio. He aquí un ejemplo: los titulares puestos por «Arriba», el diario del Movimiento, a una información enviada desde Londres por la Agencia «EFE» el 20 de julio de 1946.

otros países comunistas lo reconocieran.

—Entonces el reconocimiento de un gobierno no es un caso de derecho o justicia, sino de oportunismo.

—No, no es eso. Es que si la U. R. S. S. toma una decisión ha de seguirla hasta el final y, en este caso, el prestigio le impide llegar a un final de derrota.

Hablamos durante largo tiempo de las posibilidades de una fuerte coalición y de los medios de derribar a Franco.

A través de nuestra conversación, pude apreciar que estaba informada de una manera inexacta y ampulosa sobre el movimiento de resistencia.

Nos despidió muy afectuosamente.

Al día siguiente se me reunió Piñeiro y juntos subimos al tren de Bayona. En la estación nos despidió Leiva con un abrazo y una sonrisa como había visto muchas veces en la cárcel. El sabía exactamente a dónde íbamos y lo que nos esperaba más tarde o más temprano.

En Bayona nos instalamos en el «Hotel des Basques». Según nos dijeron en la Delegación

Vasca no podríamos pasar la frontera hasta dentro de unos días por razones de seguridad.

A los dos días recibí una llamada telefónica de París. Era Leiva.

—¿Recuerdas que la Pasionaria nos dijo que no quería embarcarse con Giral porque era un gobierno de naufragos? Pues esta mañana ha designado a Santiago Carrillo como ministro del partido.

Un domingo nos condujeron en coche hasta la frontera y, a las cuatro de la tarde, empezamos a subir el monte.

Cuando descendí en la estación del Norte, me sentía casi seguro y a gusto. Madrid, aun en las situaciones difíciles, tiene siempre un poderoso don de atracción.

Por la mañana fui a visitar al presidente de Alianza y le entregué la carta del gobierno. Convocó una reunión para las dos de la tarde, en la que yo debía dar cuenta de mi gestión.

Cuando llegué, todos los delegados estaban allí. Los republicanos habían mandado una delegación especial, dada la importancia de la reunión. Los socialistas habían cam-

biado su representante y, en cuanto al comunista, era el mismo.

Abrió la sesión el presidente, dando lectura a la carta. A continuación empecé mi informe.

Al finalizar se aprobó mi gestión; incluso por el comunista, cuya representación no había llevado puesto que proponía el rompimiento con el gobierno. Teófilo Sevilla, en nombre de los republicanos, propuso que se hiciera constar de manera especial la gran satisfacción con que Alianza reconocía mi misión.

Pocos días después era detenido, después de recibir un tiro. Conducido al Equipo Quirúrgico de la calle de la Ternería, donde permanecí vigilado, me fugué a las dos semanas. Pero un mes más tarde fui capturado y condenado a muerte (por segunda vez, la primera en La Coruña durante la guerra), pena que me fue conmutada merced a la intervención de la embajada inglesa\*. ■  
J. G. D.

\* Estas páginas son parte de un libro publicado en México, en 1956, titulado: «Por la Libertad. Cómo se lucha en España».